

CLARIN

## El Mercosur no es el problema

**La Unión Europea frena el acuerdo con el pretexto del ambientalismo, pero el verdadero motivo es proteccionismo.**



Malamud, Andrés

25/07/2022

El acuerdo entre el Mercosur y la Unión Europea está trabado en Europa, no en el Mercosur. Del mismo modo, las negociaciones de libre comercio entre Uruguay y China son un sueño rioplatense: Beijing piensa en otras cosas.

Aunque la Unión Europea frena el acuerdo con el pretexto del ambientalismo, el verdadero motivo es el proteccionismo: el francés, no el argentino ni el brasileño. Y aunque China hace ruidos amables hacia Uruguay, pateo la pelota para adelante: por un mercado de tres millones de habitantes no va a fastidiar a Brasil, su socio en los BRICS y portador de 215 millones de consumidores.

La misma actitud tomó Estados Unidos hace quince años cuando Tabaré Vázquez buscó negociar un tratado de libre comercio: lo trataron bien y le concedieron un acuerdo light para no incomodar al vecino. Brasil constituye el 80% del Mercosur: para las potencias externas, el resto es decorado. El problema del Mercosur no es que no funciona sino que no interesa.

La cumbre del Mercosur en Asunción blanqueó esta situación como pocas veces antes. Jair Bolsonaro anticipó que faltaría sin molestarse en divulgar las razones.

Algunos sugirieron problemas domésticos vinculados con la campaña electoral; otros aludieron a una molestia diplomática con Uruguay por sus negociaciones con China. La explicación es más simple: el bloque no es prioridad para el gobierno brasileño.

Tampoco para sus vecinos: por falta de condiciones y para no verse arrastrados en discusiones ajenas, faltaron también Gabriel Boric y Luis Arce, presidentes de los países asociados que siempre participan en las cumbres. El Mercosur no satisface a sus miembros, no atrae candidatos y no seduce contrapartes. Hubo un tiempo que fue hermoso, allá por los 1990s, pero hace dos décadas que pasa a través de la gente y nadie se acuerda de él.

El estado del bloque no puede adjudicarse al diseño institucional sino a la falta de complementariedad entre los miembros. Contra un equivocado sentido común, no es la identidad regional ni la afinidad ideológica lo que fomenta la integración, sino la convergencia de intereses.

América Latina y el mundo árabe son las dos áreas del mundo con mayor homogeneidad cultural, religiosa y lingüística; sin embargo, el comercio intra-regional es bajo y los obstáculos fronterizos altas. Resultado: la integración es virtualmente nula. Europa, en cambio, está dividida por infinidad de lenguas, pasó la mitad de su historia en guerra y hoy es gobernada por partidos de todos los colores, pero su comercio intra-regional es alto, y los obstáculos fronterizos, bajos.

La integración no se hace entre gobiernos afines sino entre economías complementarias. Gobiernos del mismo sesgo ideológico pueden moderar conflictos, pero no integran mercados. Y la razón de ser de la integración es la creación de economías de escala. Incluso en la Unión Europea, que busca ser una comunidad política, la base material y regulatoria la constituye el mercado común.

En la Unión Europea, más del 60% del comercio exterior de sus miembros se realiza adentro del bloque; en el Mercosur, menos del 10%. Los latinoamericanos nos queremos mucho pero nos necesitamos poco. El Mercosur fue concebido para potenciar el comercio entre sus miembros y, de ahí, transformarse en un trampolín hacia el mundo.

Entre 1991 y 1999 funcionó, pero la devaluación brasileña de ese año dejó el proyecto trunco. Desde entonces el bloque vive con muletas, curitas y placebos: de trampolín se transformó en muro, protegiendo su pequeño mercado interno en lugar de conquistar mercados externos. El especialista Marcelo Elizondo comparó todos los bloques regionales y concluyó que el Mercosur es el más cerrado. Se entiende: Argentina y Brasil constituyen dos de las cinco economías más cerradas del mundo, es decir, las que menos comercian en proporción a su PBI.

En este marco, hay quien plantee la necesidad de converger hacia una moneda común. La propuesta tiene tres contraindicaciones. Primero, agregar una moneda en un espacio en el que se comercia poco es ineficiente: los países del Mercosur tienen más comercio con las zonas monetarias del dólar, el euro y el yuan que entre sí.

Segundo, la unión monetaria europea significó, en realidad, la subordinación de las demás monedas al marco alemán, que actuó como ancla. Ninguna moneda del Mercosur tiene la fortaleza para cumplir esa función, ni tres países aceptarían subordinarse a la moneda de otro. Además, solo un masoquista querría compartir una moneda con Argentina.

Tercero, incluso en la Unión Europea el euro está lejos de haberse consolidado y enfrenta crisis periódicas y dudas permanentes.

El Mercosur fue un proyecto útil que cumplió tres objetivos: fortalecer la consolidación democrática, erradicar la posibilidad de guerra y facilitar la apertura económica. Con el tiempo y las crisis, la herramienta no solo se desgastó sino que cambió su naturaleza: de acelerador a freno.

Y sin embargo, como argumentamos al principio, las dificultades para cerrar acuerdos con otros países o regiones no son su responsabilidad. Hoy el mundo es más proteccionista que en los 1990s, y la lógica geopolítica se sobrepone a la económica. Hay que hacer frente a los problemas de siempre con estrategias nuevas.

[https://www.clarin.com/opinion/mercosur-problema\\_0\\_14IGRcNHk6.html](https://www.clarin.com/opinion/mercosur-problema_0_14IGRcNHk6.html)